



# Oración de la mañana.

## “Movidos a Misericordia”

### **Monición introductoria**

Estamos de lleno celebrando el Año Santo de la Misericordia. Viviendo de manera extraordinaria lo que debe ser ordinario en la vida de todo cristiano, como años atrás vivimos el año de la Caridad, de la Fe o de la Esperanza. Estos días hemos escuchado y meditado mucho y sin duda seguiremos haciéndolo sobre la misericordia y sus obras, tanto corporales como espirituales, pero no caigamos en el error de ver pasar este tiempo como un año intenso, de buenos propósitos, de conversión y cambio, a la espera de que el próximo año podamos “pasar a otra cosa”. Vivamos este año como una verdadera oportunidad de dejarnos impregnar por la fragancia de la misericordia de Dios en nosotros, de tal manera que su aroma nunca pueda desaparecer de nuestra vida. Ojalá que el gran fruto de este año sea comprender que la misericordia hemos de vivirla siempre, todos y cada uno de los días de nuestra vida.

### ***Canto: Dios está aquí.***

### *Salmo 136*

### *“Porque es eterno su amor”*

1. ¡Aleluya!

Den gracias al Señor porque es bueno,  
porque es eterno su amor.

2. Den gracias al Dios de los dioses,  
porque es eterno su amor.

1. Den gracias al Señor de los señores,  
porque es eterno su amor.

2. Al único que hace maravillas,  
porque es eterno su amor.

1. Al que hizo los cielos con sabiduría,  
porque es eterno su amor.

2. Al que afianzó la tierra sobre las aguas,  
porque es eterno su amor.

1. Al que hizo los grandes astros,  
porque es eterno su amor:  
el sol para regir el día,  
porque es eterno su amor;  
la luna y las estrellas para regir la noche,  
porque es eterno su amor.

2. Al que hirió a los primogénitos de Egipto,  
porque es eterno su amor;  
al que de allí sacó a Israel,  
porque es eterno su amor,

con mano fuerte y brazo extendido,  
porque es eterno su amor.

1. Al que partió en dos el mar Rojo,  
porque es eterno su amor,  
e hizo pasar a Israel por en medio,  
porque es eterno su amor.

2. Al que arrojó en el mar  
al faraón con sus tropas,  
porque es eterno su amor,  
y guió por el desierto a su pueblo,  
porque es eterno su amor.

1 Al que hirió a reyes famosos,  
porque es eterno su amor,  
y exterminó a reyes poderosos,  
porque es eterno su amor:

2. a Sión, rey de los amorreos,  
porque es eterno su amor,

1. dando sus tierras en herencia,  
porque es eterno su amor,  
en herencia a su siervo Israel,  
porque es eterno su amor.

2. Estábamos humillados  
y se acordó de nosotros,  
porque es eterno su amor;  
nos libró de nuestros opresores,  
porque es eterno su amor.

1. El da alimento a todos los vivientes,  
porque es eterno su amor.

2. ¡Den gracias al Dios del cielo,  
porque es eterno su amor!

y a Og, rey de Basan,  
porque es eterno su amor,

## ***Evangelio según san Lucas 10:30-37***

“Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él y viéndole fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo.”

***Palabra del Señor***

## ***Reflexión de Papa Francisco:***

Un doctor de la Ley pone a prueba a Jesús con esta pregunta: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» Jesús le pide dar a él mismo la respuesta y él lo da perfectamente: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús entonces concluye: «obra así y alcanzarás la vida». Entonces aquel hombre pone otra pregunta, que se hace muy preciosa para nosotros: «¿Y quién es mi prójimo?», y presupone: “¿mis parientes? ¿mis connacionales? ¿Aquellos de mi misma religión?...”. En

fin, quiere una regla clara que le permita clasificar a los demás en “prójimo” y “no prójimo”, en aquellos que pueden convertirse en prójimos y en aquellos que no pueden hacerse prójimos. Y Jesús responde con una parábola, que pone en escena a un sacerdote, a un levita y un samaritano. Los dos primeros son figuras relacionadas con el culto del templo; el tercero es un judío cismático, considerado como un extranjero, pagano e impuro, es decir el samaritano. En el camino de Jerusalén a Jericó el sacerdote y el levita se encuentran con un hombre moribundo, que los ladrones han asaltado, robado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones similares preveía la obligación de socorrerlo, pero ambos pasan de largo sin detenerse. Tenían prisa. El sacerdote, tal vez, ha mirado el reloj y ha dicho: “pero, llegare tarde a la Misa... Debo decir la Misa”. Y el otro ha dicho: “pero, no sé si la Ley me lo permite, porque hay sangre ahí y yo quedare impuro...”. Van por otro camino y no se acercan. Y aquí la parábola nos ofrece una primera enseñanza: no es automático que quien frecuenta la casa de Dios y conoce su misericordia sepa amar al prójimo. ¡No es automático!



¡No es automático!

Tú puedes conocer toda la Biblia, tú puedes conocer todas las normas litúrgicas, tú puedes conocer toda la teología, pero del conocer no es automático el amar: el amor tiene otro camino. Con inteligencia, pero con algo más... El sacerdote y el levita ven, pero ignoran; miran, pero no proveen. Ni siquiera existe un verdadero culto si ello no se traduce en servicio al prójimo. No lo olvidemos jamás: ante el sufrimiento de tanta gente agotada por el hambre, por la violencia y la injusticia, no podemos permanecer como espectadores. ¡Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué cosa significa? Significa ignorar a Dios! Si yo no me acerco a aquel hombre, a aquella mujer, a aquel niño, a aquel anciano o aquella anciana que sufre, no me acerco a Dios.

Pero, vayamos al centro de la parábola: el samaritano, es decir, aquel despreciado, aquel sobre quien nadie habría apostado nada y que de todos modos también él tenía sus deberes y sus cosas por hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que estaban relacionados con el Templo, sino «lo vio y se conmovió» (v.33). Así dice el Evangelio: “Tuvo compasión”, es decir, ¡el corazón, las vísceras, se han conmovido! Esta ahí la diferencia. Los otros dos “vieron”, pero sus corazones permanecieron cerrados, fríos. En cambio, el corazón del samaritano era sintonizado con el corazón de Dios. De hecho, la “compasión” es una característica esencial de la misericordia de Dios. Dios tiene compasión de nosotros.

¿Qué cosa quiere decir? Sufre con nosotros, nuestros sufrimientos. Él lo siente. Compasión: “compartir con”. El verbo indica que las vísceras se mueven y tiemblan a la vista del mal del hombre. Y en los gestos y en las acciones del buen samaritano reconocemos el actuar misericordioso de Dios en toda la historia de la salvación. Es la misma compasión con la cual el Señor viene a encontrar a cada uno de nosotros: Él no nos ignora, conoce nuestros dolores, sabe cuánta necesidad tenemos de ayuda y consolación. Esta cerca y no nos abandona jamás. Pero podemos, cada uno de nosotros, hacernos la pregunta y responder en el corazón: “¿Yo lo creo? ¿Yo creo que el Señor tiene compasión de mí, así como soy, pecador, con tantos problemas y tantas cosas?”. Pensar en esto y la respuesta es: “¡Sí!”. Pero, cada uno debe mirar en el corazón si tiene la fe en esta compasión de Dios, de Dios bueno que se acerca, nos cura, nos acaricia. Y si nosotros lo rechazamos, Él espera: ¡es paciente! Siempre junto a nosotros.

El samaritano se comporta con verdadera misericordia: vendar las heridas de aquel hombre, lo lleva a un albergue, lo cuida personalmente, provee a su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino significa cuidar al otro hasta pagar personalmente. Significa comprometerse cumpliendo todos los pasos necesarios para “acercarse” al otro hasta identificarse con él: «amaras a tu prójimo como a ti mismo». Este es el mandamiento del Señor.

Concluida la parábola, Jesús dirige la pregunta del doctor de la Ley y le pide: «¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?». La respuesta es finalmente inequívoca: «El que tuvo compasión de él». Al inicio de la parábola para el sacerdote y el levita el prójimo era el moribundo; al final el prójimo es el samaritano que ha hecho cercano. Jesús cambia la perspectiva: no clasificar a los demás para ver quién es el prójimo y quién no lo es. Tú puedes hacerte prójimo de quien se encuentra en la necesidad y lo serás si en tu corazón tienes compasión, es decir, tienes esa capacidad de sufrir con el otro.

¡Esta parábola es un estupendo regalo para todos nosotros y también un compromiso! A cada uno de nosotros Jesús repite lo que le dijo al doctor de la Ley: «Ve y procede tú de la misma manera». Estamos todos llamados a recorrer el mismo camino del buen samaritano, que es la figura de Cristo: Jesús se inclinó sobre nosotros, se ha hecho nuestro siervo y así nos ha salvado, para que también nosotros podamos amarnos como Él nos ha amado, del mismo modo.



**Canto: Con amor eterno te amo.**

**Tiempo de silencio**

## **BREVE ESPACIO PARA COMPARTIR**

(Reflexiones, peticiones y acción de gracia)

## **PADRE NUESTRO**

## **BENDICIÓN:**

Que el Señor nos bendiga y nos proteja. Que el Señor nos muestre su rostro, tenga misericordia de nosotros y nos conceda la paz. Así invocaremos el nombre del Señor y Él nos bendecirá.

**Amen**

